
PRESENTACIÓN

MAX WEBER SOBRE EL PAÍS VASCO

Javier Rodríguez Martínez
Universidad Nacional de Educación a Distancia

Después del verano de 1897, Max Weber realiza un viaje por España acompañado de su esposa. Durante el mismo escribe dos cartas a su madre en las que le cuenta sus impresiones sobre el País Vasco, lugar donde se quedaron algo más de una semana. Sorprende de estas cartas la sistematicidad de las observaciones de Weber y el espíritu sociológico de sus vivencias. Contrasta con la ausencia de comunicación real con su madre, que se reduce a poco más que enviarle saludos a ella y a la familia. Escribe como científico que, aun de vacaciones y con trastornos psicológicos, no puede desatender su misión.

Las cartas, más propias del género académico que del epistolar, constituyen, pues, un informe sociológico sobre el País Vasco, especialmente por lo que se refiere a la emergencia de un capitalismo incipiente cuyo potente desarrollo se dejaba ver con nitidez. Temas como las costumbres, la religión y la vida social aparecen también reflejados, aunque el lector buscará en vano la existencia ya en 1897 de una vinculación entre religión y capitalismo, lo que parece confirmar que ésta no surge hasta unos años después, hacia 1902, cuando Weber lee *Der moderne Kapitalismus*, de Sombart. Ésta fue la espoleta que lo lanzó al estudio de una conexión sistemática entre determinadas formas de religiosidad y el espíritu capitalista.

UNA GENERACIÓN DE EPÍGONOS

La crisis de Weber se produce tras la muerte de su padre, en el verano de 1897. Ésta es la razón por la que en septiembre emprende un viaje por España. Antecedentes de la crisis de Weber, básicamente la pulsión contra la generación de su padre, se ven ya en su obra con anterioridad, por ejemplo en su nacionalismo, expresión de la joven generación de la Alemania guillermina contra la generación de Bismarck.

La iniciación de la construcción de la flota naval, que vino acompañada de campañas propagandísticas nacionalistas y creó un clima de euforia entre los jóvenes, es en los años 1896/97. En 1895 había tenido Weber ya un momento eufórico en la *Inaugural-Dissertation* al ser nombrado Profesor Ordinario, donde lleva a su punto culminante de expresión su lucha contra los Junker, perceptible ya en sus escritos de sociología rural. En 1897 se manifiesta a favor de un nacionalismo agresivo en el contexto de la conferencia «Deutschland als Industriestaat», en la que su autor, Oldenberg, abogaba por la defensa de los intereses proteccionistas de los terratenientes en contra del desarrollo industrial.

La generación de Weber, esto es, la de quienes llegan a la madurez en plena Alemania guillermina, tiene en Hermann Coradi, nacido dos años antes que Weber, en 1862, un primer teórico. En efecto, su libro *Wilhelm II und die junge Generation (Guillermo II y la joven generación)* es una referencia clave para entender la mentalidad de esta generación de epígonos, como a sí mismos se consideraban. El propio Coradi escribió otro libro, *Die Alten und die Jungen (Los viejos y los jóvenes)*, cuyo subtítulo, en referencia a Goethe, pero contradiciéndolo, rezaba: «Lo que heredes de tus padres, desprécialo para poder así poseerlo». No llegarían al poder hasta 1917, cuando relevan políticamente a la anterior y se enfrentan a ella en la política. Martin Spahn hará un discurso célebre en 1918 en el *Bundestag* donde plantea el conflicto generacional. Habló de fuerzas estáticas y fuerzas dinámicas. La joven, la generación de Coradi, era portadora de un espíritu modernizador que ciertamente no acabaría triunfando. La obra de Weber, con todo su trasfondo ideológico dirigido a promover en Alemania una modernización económica y social tomando a la sociedad norteamericana como referencia, en relación con el escaso eco que tuvo en su época y en las dos décadas posteriores (Weber fue «redescubierto» en Alemania tras la II Guerra Mundial), es la mejor prueba de ello.

El caparazón de acero

En este contexto de nacionalismo contra proteccionismo, de modernización contra Estado tradicional, es donde se desarrollan las pulsiones de hijos contra padres típicas de la generación guillermina. En Weber concurría, además, una propensión genética a la depresión, herencia de su madre.

La cosa empezó a raíz del cambio que se operó en Helene Weber al perder dos de sus hijos. Eso la inclinó a la religiosidad, se proyectó en el cristianismo y en la ayuda a madres con problemas, frente a lo que el padre mostró una total incomprensión. Cuando Helene requirió a su marido disponibilidad sobre su propia herencia, éste se la negó. Weber se puso del lado de su madre. Tal fue, en esencia, el drama familiar, pero cuando el matrimonio Weber senior llegó de visita a Heidelberg en abril de 1897 a casa de los jóvenes Max y Marianne, Weber se enfrentó a su padre, quien tras la discusión abandonó la casa. Sería la última vez que lo viese vivo, pues en el tren de vuelta a Berlín enfermó y poco después, en agosto del mismo año, moriría¹.

Tras la muerte de su padre, la depresión de Weber aflora y sufre un colapso nervioso. Tiene ansiedad, agotamiento, dolores de espalda, ataques súbitos de llanto, temblores, dolores de cabeza, pierde el habla y se torna apático, pero a diferencia de su madre, que no contó con el apoyo de su pareja, tuvo suerte, pues Marianne es también hija y hermana de depresivos, a quienes atendió desde niña². Ella será la que le preste la comprensión y ayuda necesarias, lo que Weber le devolvía con su apoyo intelectual al trabajo de ella. Asociado a esta crisis depresiva, los rasgos del conflicto edípico de Weber se acentúan.

En 1897 visita un sanatorio suizo, probablemente el de Bellevue, en Constanza, a donde iban sobre todo neurasténicos. Los doctores no ven un problema orgánico relacionado con su crisis nerviosa; más bien pensaban que el *Überarbeit* (exceso de trabajo) que él mismo se diagnosticaba no era la causa, sino el refugio que había encontrado. Recomiendan a su esposa que le seduzca. Ella cuenta en su autobiografía³ que éste sufría pesadillas nocturnas, se despertaba con fuertes erecciones y poseído por un sentimiento de angustia. Marianne da a entender en el *Lebensbild* que su marido rechazaba tanto la excitación pulsional como la ternura. No había forma de entrar en el *caparazón de acero* que Weber se había construido. Un reflejo de su situación será, sin duda, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, investigación que en buena medida constituye el psicodrama de la enfermedad de Weber y de su relación con sus padres. La neutralidad valorativa en cuanto afirmación de la lucha irreconciliable de contrarios será, en cambio, el modo en que Weber sublima sus relaciones contradictorias con la figura paterna y materna, aproximándose a los dos pero sin tomar partido por ninguno. Es el modo en que Weber expía su autoinculpación por la muerte de su padre.

¹ Sobre la crisis puede verse, en español, Arthur Mitzman, *La jaula de hierro*, Madrid, Alianza, 1976, aunque ya no es actual en muchos aspectos.

² Para esta y otras informaciones, véase al respecto el trabajo más actual de Christa Krüger, *Max & Marianne Weber. Tag- und Nachtansichten einer Ehe*, Munich, Pendo, 2002.

³ No nos referimos a la conocida biografía que Marianne escribiera sobre su marido, sino a su propia autobiografía. Cf. Marianne Weber, *Lebenserinnerungen*, Bremen, 1948. Citado en Krüger, *op. cit.*, p. 85.

La aproximación al erotismo

A diferencia de Weber, su alumna Else Jaffé, una de las hermanas Von Richtoffen, sigue otro camino: la vía erótica. Se va con el psiquiatra Otto Gross y empieza una relación erótica con él siguiendo su recomendación. Weber le escribe una carta cargada de apelaciones a la ética heroica, al rigorismo. Años después, él tendrá una relación erótica con Else Jaffé en Venecia, no consumada sexualmente, pero que fue el reconocimiento del erotismo como uno de los poderes con derecho propio de la vida. Por entonces trabajaba en la *Zwischenbetrachtung* y ahí reconocería a la esfera erótica como uno de los poderes conformadores de los órdenes de la vida. Escrita poco antes de 1915, es un reconocimiento a su amiga Else y, sobre todo, a su valor.

En otoño de 1916 está convencido de que la crisis ha pasado. La I Guerra Mundial y su nueva actividad en el Lazareto habían contribuido a hacer evolucionar su mal. Ahora sufre pero no ya por él, sino por el estado de postración de su país.

OBSERVACIONES MÁS RELEVANTES DE LAS CARTAS

Weber habla de la religión en dos ocasiones en la carta. En ninguna de ellas hace referencia al espíritu religioso de la gente ni a la posible relación que ello pueda tener con el progreso económico que percibe. En la primera ocasión describe las iglesias y su estilo arquitectónico. La mención a los feligreses se limita a subrayar lo curioso que le parece el que cada uno lleve su propia lámpara y la imagen que esto produce. Menciona, eso sí, que los vascos son gente bien dispuesta para el trabajo.

La segunda vez es cuando relata la visita a Loyola, al seminario y basílica del lugar de nacimiento de San Ignacio. La descripción se limita al espacio físico y a la organización del establecimiento, como si se refiriese a un microcosmos. Es más, subraya lo extraño que parece la existencia de un lugar así en una zona como ésta. Lo que más le interesa es el orden, la disciplina y la limpieza que percibe en la zona de clausura de la instalación.

Es decir, nada hace pensar que en algún momento asociase la religiosidad con el espíritu emprendedor del capitalismo.

El tema del nacionalismo también aparece. Weber lo vincula con el avasallamiento que el capital somete a un Estado central débil. Cita el lema «el fuero es no pagar» y es perfectamente consciente del ahorro que la corrupción supone para el capital en comparación con lo que sucedería si existiese un Estado fuerte. No ve mucho futuro al nacionalismo.

ALGUNOS SESGOS Y ERRORES

No creo que sea muy importante mencionar los pequeños errores geográficos que comete Weber. Por ejemplo, los montes al sur de Durango no son el límite con el norte de Castilla, sino con el sur del País Vasco (Álava). La explotación de las minas de hierro dura mucho más tiempo que esos veinte años que Weber pronostica, y el desarrollo económico de Vizcaya se prolonga, con sus altibajos, hasta nuestros días. El que después de esos veinte años se abriesen minas de hierro en el Pirineo, Galicia o Asturias pertenece a su imaginación. Sobre las minas de hierro hay que decir que no se encontraban solamente en zonas de la periferia de Bilbao, en zonas como la Arboleda, Gallarda u Ortuella (caso de La Orconera), sino que también en el mismo Bilbao había minas de explotación (Misivilla, etc.). Es de suponer que sus conocidos de allá, un ingeniero de la Siemens, principalmente, le enseñasen la más emblemática.

Weber no refleja la importancia de la conexión anglosajona con el desarrollo industrial del País Vasco. En lo referente a la duda de Weber acerca del origen del carbón, hay que decir que los barcos que iban a Inglaterra con mineral de hierro tenían garantizado el regresar cargados de carbón (de Cardiff) con destino a los Altos Hornos. Esta garantía fue fundamental para el desarrollo de la industria en Vizcaya, y supongo que es a lo que se refiere Weber.

En general, da la impresión de que Weber está bastante sorprendido de encontrar un núcleo de gran desarrollo capitalista en el País Vasco. Le sorprende, creo yo, la mezcla tan característica de tradicionalismo e industrialismo en el País Vasco, lo cual es propio de un capitalismo inducido. Es esta conexión con Inglaterra la que no identifica con claridad y no la pondera como corresponde. Además, el complejo de superioridad de la burguesía ilustrada alemana se trasluce en muchas de sus afirmaciones, así como la mentalidad prepotente de quien viene de un país más desarrollado y no espera que en la periferia existan brotes de desarrollo importantes⁴.

⁴ Agradezco a Julio Martínez Arinas sus comentarios sobre la situación del País Vasco a finales del XIX.
